

## DÍA DE LA MUJER SIN LLORIQUEOS

Por Karen Cancinos

Cada 8 de marzo nos obsequian con la parafernalia del llamado Día Internacional de la Mujer, un festejo sumamente importante en el santoral laicista. ONU Mujeres, por supuesto, emitió los comunicados de siempre pontificando sobre lo mismo de todos los años: que si el rezago en cuanto a la “igualdad de género”, que si la cortedad en cuanto a los objetivos del “empoderamiento femenino”, que si la imperiosa necesidad de cuotas de participación política femenina, en fin, la consabida cháchara.

Para burócratas y oenegeros que viven del cuento, son problemas horrendos cosas como que haya “un 43 por ciento [de mujeres] que todavía pide permiso a su pareja para salir de casa”. Eso lo dijo la secretaria ejecutiva de un tal Observatorio Nacional de Salud Reproductiva, una ONG de esas que en los últimos lustros proliferaron en Guatemala como hongos de invierno. De dónde sacó la señora esa cifra, vaya usted a saber. Pero aun si la aceptamos como correcta, ¿por qué el disgusto? La mujer que decida casarse o convivir con un tiranuelo a quien hay que suplicar permiso para poner un pie fuera de casa, que acepte las consecuencias de su escogencia. Lo que soy yo, pienso que la convivencia marital es cosa para mujeres, no para niñas, así que no hay razón para sostener una relación con un hombre que no se dé en el entendido de que toma lugar entre adultos iguales y complementarios, no entre amo y esclava.

La misma persona asegura también que “dos de cada diez guatemaltecas han sido víctimas de violencia física”. No estipula si esas dos de cada diez son golpeadas por sus esposos, convivientes, novios, o por extraños en la calle. Pero si presumimos primero que la cifra es correcta, y segundo, que los maltratos a esas dos de cada diez se dan a manos de sus parejas, nuevamente me pregunto si esto es un asunto político o de escogencias individuales. Sostengo que se trata de lo segundo. Ya es suficientemente peligroso ponerse a vivir, casada o no, con un tipo a quien no se conoce adecuadamente. Pero peor aún es que se siga conviviendo con este después del primer maltrato. Las probabilidades van así: un tipo que grita luego insulta, y luego golpea, y luego golpea más duro, y luego mata. Pero para eso debe haber una mujercita sin amor propio que le acepte el primer grito, luego el primer insulto, luego la primera bofetada, luego la primera golpiza, luego...

La violencia contra las mujeres –con la excepción de la sufrida a manos de extraños, de la cual los hombres no están exentos– no es un asunto de política pública, sino de elecciones individuales. Este año nos impresionó saber de una modelo inglesa, tan tonta como bonita, que murió baleada por su neurótico novio, un deportista olímpico. ¿Por qué siguió con él después de la primera gritada que le propinó? ¿Por qué se mantuvo a su lado hasta que la mató? ¿De veras cree usted que fue porque el gobierno británico, como el guatemalteco o el resto de latinoamericanos, no ha tomado en serio “la elaboración y reforzamiento de políticas públicas de género”? ¿En serio cree que a la chica la mataron las “relaciones desiguales de poder que han marcado la historia de las mujeres”? Nada que ver. Lo que acabó con la vida de esa joven fue su falta de auto respeto y de sentido de dignidad. Lástima. Hay muchas como ella que no acaban de aquilatar el esplendor de su feminidad, y por eso no tienen nada que celebrar. Pero yo sí, y por eso les digo a mis congéneres: festejemos. Hoy. Y todos los días.